

★ **E**L pueblo de Canudos, que el prestigio alucinante de Conselheiro y la piedad primitiva de los "sertanejos" levantaron en medio de la selva desierta, a la margen de un río, entre escarpadas sierras, ha llegado a ser, en las postrimerías del siglo XIX, un gran recinto, caótico y miserable, al que todavía continúan llegando, desde distancias inmensas extendidas sobre el Brasil, los desposeídos, los vencidos morales, a quienes la nueva fe encendida por la palabra del predicador, ha puesto fuerzas insospechadas en los cuerpos magros y en las almas transidas.

No corren ríos de miel, ni son de harina de maíz las barrancas, como anunció el apóstol. Pero la tierra es de quien la toma y allí está libre, para levantar las casas extrañas, agrupándolas sin más orden que aquel que les impone la arbitraria voluntad de los que la poseen.

Con un índice del espíritu que los ha reunido, junto a la plaza principal, se alza el Templo Nuevo, de bárbara arquitectura que Conselheiro ha ima-

mandará.

José Gamo y Fabricio Cocobocó, conducen entre los salmos de la muchedumbre a las toscas imágenes sobre cuyas sucias maderas imprimen sus besos ardientes las miserables abuelas "sertanejas", no con más fervor que Quintín de Coiquí, ya señalado por el destino como el primer vencedor en la guerra que todos presienten cercana.

Y anunciando a la humillada muchedumbre los compases de la extraña liturgia, el Beatinho; diplomático socarrón y sutil, tanto como guerrero

ANTONIO-CONSELEIRO

ginado como la más perdurable expresión de su genio místico y de su poder social.

Durante los días, armadas partidas de "canudos" recorren campos, selvas y sierras, desde donde arrean los ganados que han de servir de alimento a la extraña sociedad reunida junto al Templo, mientras otros hombres tienden puentes o levantan trincheras, o ayudan a Conselheiro en los trabajos divinos y en la administración de la simple y ruda justicia social en que se vive.

Los mandan capitanes cuya historia se resume en la cicatriz del rostro, o en el apodo pintoresco con que el pueblo los llama.

De su seno han salido, y son la personificación de su astucia, de su coraje, de su ferocidad o de su primitivo ardor religioso.

Cada uno de ellos es un caudillo; conduciendo multitudes llegaron desde los perdidos valles y las sierras, llamados por la fama de la predicación del Consejero, en cuyas palabras advirtieron de modo oscuro y cierto, al Caudillo de todos. Y así lo reconocieron en cuanto miraron a sus ojos quemantes de dolor y firmeza, y así le obedecieron.

Otros llegaron solos, armados de vieja espingarda y largos puñales, agobiados por el peso de la pólvora que los antiguos buscadores de oro, venidos de más allá de los mares, les enseñaron a procurarse en la propia comarca en que vivían. Antes que su presencia hosca, la fama de sus hazañas había llegado a la plaza. Y en Canudos fueron recibidos sin preguntas sobre su pasado; con la indiferencia de una absolución que en vano los solitarios y feroces luchadores habían buscado en los pueblos y ciudades en donde imperaban las leyes.

José Venancio, Terror de Vuelta Grande; Pajehú y Lalau, comandan las partidas que se adiestran en la guerra recorriendo las comarcas cercanas a Canudos, Joaquín Traña-Pies, guerrillero sañudo, compartía con el Mayor Sariema, de figura elegante y genio inquieto y espontáneo, la vigilancia del camino del Angico.

Esteban El Negro, de cuerpo deforme; tatuado a bala y cuchillo el rostro de una impresionante fiera, vigilaba y guardaba el camino del Cambaio. Antonio Foguetiro de Palo de Hierro, inspirado y tenaz, esparcía por las tierras vecinas la palabra del Conselheiro, y arrastraba hacia Canudos nuevos adeptos, o castigaba con dura muerte a quienes osaban no creer en el Héroe. Y en la plaza, ordenando en los atardeceres las ceremonias religiosas en que hacía explosión el misticismo morbo de la multitud, Raimundo Boca Tuerta, de Itapucurú, con su faz siniestra, humillando la frente hacia el suelo, cuando el Conselheiro elevaba los bárbaros pendones de la iglesia allí reunida. A su lado, Chico Ema, tan ágil de cuerpo como de alma; que adiestraba a los espías lanzados hacia las ciudades lejanas, para traer al caudillo los signos de la tormenta de la guerra que un día u otro ha de estallar entre su poder y el de la República.

★ Junto a él está Norberto; como hundidas en el duro suelo las rodillas; caída la fiera mirada sobre las manos entrelazadas, mientras sus labios carnosos repiten como un eco humilde, la oración que parte de la boca del Consejero y levanta extendidas olas de emoción en la multitud. La luz de la tarde muriendo, pone un caído guión reluciente a su costado, en la vaina del sable; el mismo sable con que aquellas rudas que ahora se aprietan en el rezo, degollarán a los soldados en los últimos días de una heroica resistencia que Norberto co-



Las mujeres de los canudos, hechas

estoico en los últimos días del cruento sacrificio.

Mientras así vive este pueblo perdido en las inmensas distancias del Brasil, en las ciudades del litoral los hombres que son culpables de su miseria, de su ignorancia y de sus vicios, no hallan mejor modo de resolver el grave problema que su existencia plantea a la República, que enviar ejércitos para que los destruyan con muerte.

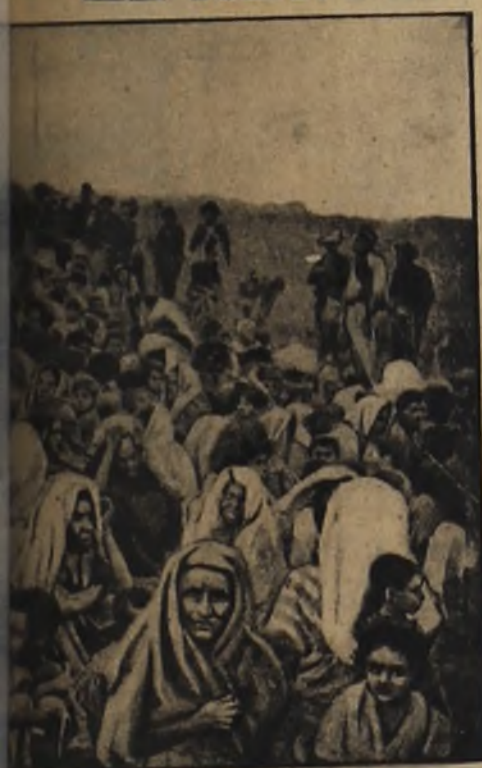
Asómbranse entonces los hombres civilizados ante los rumores que se esparcen por el país, sobre la vida indómita de aquellos sertanejos a quienes, como resumen de su propia conciencia y de una misma esperanza, recogió entre las perdidas selvas la palabra de Antonio el Consejero, prometiéndoles el goce de ríos de miel y leche, corriendo entre barrancas de harina de maíz.

Asómbrense, y olvidan que si crímenes cometen los sertanejos y jaguncos, de ellos, los poderosos, lo aprendieron; cuando les sirvieron de bestias de carga a lo largo de los ríos que arrastraban arenas de oro, y cuando les sirvieron para ejercer venganza brutal sobre el que osaba oponerse a su poder. Ya el Coronel Duval había escrito, hacia largos años: "Quien precisa a los jaguncos del río San Francisco, mándalos contratar en ese gran vivero. Con el arma y la munición, se fija el precio; los más se consiguen fácilmente, conforme a las posibilidades

Estaba empezando el mes de noviembre del año 96, cuando en el poblado de Joazeiro cundió la alarma ante la presencia de las tropas que van, orgullosas y confiadas, a batir a los canudos. Va a ser un paseo marcial, el que sus jefes esperan realizar hasta el refugio del Consejero, en donde impondrán fácilmente el orden con la punta de sus bayonetas. Así avanzaron por los caminos desiertos, en los que apenas si de pronto los soldados, vencidos por el ardor del sol y por la sed, creían ver una figura humana apareciendo y ocultándose en los pequeños bosquecillos cercanos. Y llegaron, exhaustos, hasta Uauá. Dormía aún la tropa orgullosa junto a sus armas en pabellón, cuando los centinelas vieron asomar por el valle a una abigarrada multitud, que avanzaba anunciando su marcha con cantos religiosos. ¿Podrían ser esos los enemigos? ¿Por qué así despreciaron las ventajas de una sorpresa en la noche, y llegaban en desordenada muchedumbre, bajo el signo de sus imágenes coloreadas, en grandes estandartes, descubrien-

EL DESGRACIADO, EL PREDICADOR ; EL HEROE. SUS LUCHAS, SU MUERTE

por JUSTINO ZABALA-MUNIZ.



Prisioneros durante la lucha.

des de impunidad que el patrón les ofrece".

Pero ahora no los reconocen como a sus desdichadas criaturas; los canudos subvierten el orden y escandalizan a la civilización del Brasil. Y la vieja conciencia de los conquistadores, de antes y de siempre, de nuevo impone su lógica brutal: es preciso exterminarlos.

Un pretexto cualquiera sirve para provocar la guerra entre los ejércitos armados de todas las armas, y aquellos campesinos que salen a la lucha armados de viejas carabinas, los más toscos trabucos, pesadas espadas, y lanzas que ellos mismos se han fabricado, mientras los sueltos vientos de la selva agitan sobre sus cabezas, como emblemas de su simple religiosidad, los santos estandartes y el eco de sus cantos de esperanza y de combate.

do su marcha con la voz de sus cantos?

Viéronles acercarse, los centinelas, sin alarma. Más de pronto, el cántico convirtióse en ruido: Viva el Buen Consejero! Y la suave luz de la mañana recién empezada, se avivó en la hoja de los puñales y las lanzas, que erizaron el aire en torno de la tropa sorprendida. No fué aquello un combate: Tremenda matanza en un violento cuerpo a cuerpo, de la que escaparon apenas unos pocos soldados de aquella tropa que tan fácil se prometía la sumisión de los canudos.

La noticia del desastre se esparció con contornos de leyenda, por los campos brasileiros; y produjo asombrada indignación en las ciudades.

Desde ese instante quedó decretado el exterminio sin piedad de los canudos. Armáronse nuevos ejércitos; buscáronse generales de fama, para mandarlos; sumáronse regimientos, a los que se dió cañones para sitiar y reducir a escombros al pueblo que se agolpaba junto al Templo Nuevo del Consejero.

Un año así, entre tremendos combates, desfilaron los ejércitos del gobierno por los desiertos, avanzando, apenas entre el heroísmo insospechado de los miseros; hasta que sus cañones se apostaron sobre las colinas que dominan a Canudos, y comenzaron a llover su metralla sobre las casas de adobe en cuyas ventanas se enrojecían las bocas de los trabucos, mientras los soldados herían los desnudos pechos, con sus bayonetas.

El país entero asistía a los confusos ecos de aquella lucha bárbara, — en la que la tropa de los civilizados contestaba al degüello con el degüello, — detenido de asombro ante la insospechada y heroica resistencia de los sertanejos. Cada estrecha calle, cada casa, sólo se rindieron después del más rudo combate.

El hambre vencía y mataba a los niños y las mujeres, mientras los hombres morían en los fosos o en las gargantas de las sierras.

Entre los invasores, los severos uniformes de los oficiales, imponiendo el deber de no cejar en la lucha; en Canudos, el sucio ropón del Consejero, desde el que se alzaban sus manos huesosas bendiciendo a sus miseros, y señalándoles el lugar de la muerte. Hasta la consumación de la tragedia.

Da Cunha la anuncia con estas breves palabras: "Canudos no se rindió. Ejemplo único en toda la historia, resistió hasta el agotamiento total. Destruído palmo a palmo, en el concepto integral del término, cayó el día 5, al atardecer, cuando cayeron muertos sus últimos defensores. Eran cuatro, apenas: un viejo; dos hombres hechos, y un niño, frente a los cuales rugían rabiosamente cinco mil soldados.

El día 6 acabaron de destruir las casas; 5200, cuidadosamente contadas".

¿Estaba entre esos cuatro últimos defensores, Antonio Maciel el desgraciado, el predicador, el héroe?

Bajo una delgada capa de tierra, un prisionero señaló su cadáver. Yacía envuelto en su burdo ropón de lienzo, sobre el que un alma piadosa había esparcido algunas flores. Las manos cruzadas sobre el pecho; el rostro escuálido y tumefacto; los ojos hundidos y cubiertos de tierra. Así encontraron los vencedores, a aquel que había conmovido a los sertanejos con sus desgracias íntimas; los había exaltado y conducido con su palabra de predicador de una tierra en donde el trabajo dejaba de ser una esclavitud, y entre ellos, para asombro de las ciudades, había culminado la parábola de su heroicidad en la guerra más cruenta que el Brasil conociera. —

(Continúa en la Pág. 77)

